

I JORNADAS SOBRE "EDUCACIÓN CÍVICA Y DEMOCRACIA"
"EDUCACIÓN EN LA TOLERANCIA"

Fundación M. Giménez Abad
Zaragoza, 26 y 27 de Enero de 2006.

***La (re)construcción de la cosa pública como civismo activo y tolerante:
en pos de una buena sociedad***

Chaime Marcuello Servós
chaime@unizar.es
Universidad de Zaragoza

1. Introducción.

Los mundos posibles y los imposibles, el pasado y el futuro, la cruda realidad y lo fantástico están siempre constreñidos por los límites del lenguaje socialmente disponible: nuestra capacidad social de decir el mundo. Las teorías al respecto son abundantes, algunas antagónicas y controvertidas. Sintetizando mucho esos debates, se puede afirmar que mis palabras nunca son mías radicalmente hablando, y si sólo son de mi propiedad estaré condenado al solipsismo.

En nuestro caso entendemos que, como individuos, estamos siempre en tensión con el sistema social donde nos hacemos humanos. Esa tensión entre individuo y sociedad permite modelar los límites de nuestro *decir* el mundo, de nuestro mundo. Nuestros códigos de interpretación de la vida cotidiana nos permiten interaccionar construyendo los espacios sociales donde damos sentido a nuestro *estar en* el mundo. Nos modela como sujetos, en una relación dialéctica donde podemos introducir modificaciones... pocas y ligeras, pues el sistema opera con sus mecanismos de control para que el *orden* no se *desordene*. Esto se puede explicar desde el viejo dilema de Comte —ya anticipado por Jenófanes—, que nos recuerda nuestra condición de productos del entorno social y productores de él. Hacemos lo que podemos con lo que disponemos. Narramos e interpretamos nuestra realidad y no somos capaces de ver los que no vemos. Las cosas que forman parte de nuestra vida cotidiana las comprendemos siempre desde nuestro lenguaje.

Por eso mismo, para comprender cualquier sistema social hemos de recurrir a la interpretación de sus códigos de comunicación. La vida de los sujetos está en sus predicados, que muestran sus acciones, elevándolas a categorías y a hechos. Las ciencias sociales, en tanto

hermenéutica de la vida, nos permiten indagar en esos contenidos socialmente construidos. El lenguaje cotidiano nos muestra huellas y síntomas de cómo funcionan nuestros universos simbólicos (Berger y Luckmann, 1995), en definitiva, nuestro sistema social (Luhmann, 1998) (Hornung, 2006).

No hay definiciones construidas por un demiurgo fuera de la caverna. Si las hubiese, cosa que no podemos saber, tampoco serían relevantes en la praxis cotidiana. Lo que nos importa es qué pasa *aquí y ahora*, dejándonos llevar por la fórmula diltheyiana que insiste en la tarea comprensiva de las Ciencias del Espíritu. Más cuando nos interesa dar razones y argumentos para construir un civismo activo y tolerante.

Entonces, si atendemos al modo con que nuestro uso cotidiano del lenguaje expresa “lo público” una primera observación es que se asimila a “lo estatal” de tal manera que prácticamente significan lo mismo. Eso puede entenderse, al menos, de dos formas. Primera, el Estado es la(s) cosa(s) pública(s). Segunda, sólo es público aquello que está en manos del Estado. En ambos casos, estamos ante una situación perversa y también patológica, puesto que la responsabilidad individual por las cosas comunes se deja en manos del *Leviatán* hobessiano, esa institución social que reclama con éxito el monopolio de la violencia legítima como señalaba Weber. Pero no se sabe si esto es porque se exime a los sujetos del ejercicio activo de su ciudadanía, en tanto que responsabilidad con lo público. O bien porque se expropia esa capacidad de construir activamente la red de relaciones que crea el espacio político, la arena pública.

En este artículo tras esta introducción —sin agotar todas las perspectivas posibles—, se pretende bosquejar de modo sucinto, en primer lugar, un diagnóstico sobre el papel que juega la cosa pública en nuestra sociedad. En segundo lugar, se propone un pronóstico sobre los efectos que tiene en las formas de organización social y participación ciudadana activa la reducción de lo público a lo estatal. Terminando, en tercer lugar, una propuesta de terapias que permitan (re)construir la cosa pública en nuestro sistema social de forma activa y tolerante.

2. La cosa pública de nuestra sociedad: un diagnóstico posible.

La sociedad española tiene una historia en la que abundan el autoritarismo y los regímenes políticos donde no se han dado procesos horizontales de toma de decisiones. Las cosas comunes se han organizado de manera jerárquica y rara vez con intenciones de simetría, isegoría y equidad. Esto ha dejado un poso que parece superarse en las últimas décadas de gobiernos democráticos. Pero también se han configurado modos de entender la vida en común que están atravesados por pautas psicosociales que tienden a resucitar fantasmas pasados con más facilidad de la necesaria... Los debates sobre el poder político, sobre la cosa

pública, sobre la gestión de las cosas comunes todavía suenan a peligrosos o, en todo caso, tarea de “los que mandan”, sobre todo para las generaciones de españoles que vivieron los efectos de la ominosa guerra civil del 36. Sólo hace falta hablar con nuestros abuelos para sentir que algo trágico marcó definitivamente a nuestra sociedad.

La participación de los ciudadanos en las cosas comunes estuvo cercenada y amputada durante mucho tiempo... y eso sigue pesando, al menos de dos maneras. Una en forma de temores implícitos espasmódicamente resucitables que se han instalado en algunos sujetos — opuestos pero iguales, sea como anhelantes del pasado franquista, o como vengadores de los años de injuria—. Otra en las estructuras socialmente construidas para desarrollar la vida común, por ejemplo, los partidos políticos. Éstos tienden a vertebrarse como aparatos de afines donde la discrepancia no suele ser bien vista. Salvo cuando, de manera anecdótica, se usan a las corrientes disidentes como muestra de falsa tolerancia. Es una partidocracia orientada al sectarismo como una lucha encarnizada que, si pudiera, aniquilaría a cualquier oposición.

Por fortuna o por desgracia, las generaciones más jóvenes han crecido en un contexto de sociedad de consumo que parece haberse homologado a las sociedades opulentas. El sistema de capitalismo consumista tiene unas características que equiparan y adocenan. Se compra y se consume lo mismo, con las mismas tendencias que en el resto de la sociedad globalizada. El sistema social parece funcionar a ritmo de mercado con patrones marcados por las tendencias y las maquinarias de la mercadotecnia de todo tipo. Tanto es así que nuestras decisiones más habituales, más cotidianas y de más efecto en términos globales son decisiones que se explican mejor desde nuestro papel como consumidores, que desde nuestra condición de ciudadanía activa. Hasta el diseño de las estrategias electorales se plantea más como la captación de posibles clientes —votantes— que como el debate crítico¹ de ciudadanos formados y autónomos racionalmente hablando.

Si la plaza, el ágora, era el lugar propio del espacio público, hoy es ese espacio está en otro lado, porque la plaza, si la hay, es otra cosa. De esa idealizada visión de la democracia hoy quedan pocas plazas. Se han transmutado o en medios masivos de (des)información o en centros comerciales, en “mall centres”... que cumplen también un rol sacralizador: ¿quién no guarda el sábado —o festivo de turno— para ir a los nuevos templos a cumplir con el precepto de realizar las compras debidas? Sólo quienes están en las bolsas de exclusión que genera la maquinaria del sistema parecen estar al margen. El resto del “personal” a consumir como marcan los cánones y, si es posible no pensando demasiado, pues, pensar inhibe el gasto. Las herejías de quienes apuestan por “mejor con menos” se ven con malos ojos ya que su insolidario comportamiento puede llevar a cerrar comercios, bajar el crecimiento del PIB, etc., etc.... Nuestra sociedad se articula en función de la capacidad de gasto y endeudamiento. Es

¹ En esto es interesante conocer la propuesta de Felix Geyer (2006): *Reflexiones sobre el futuro de la Sociocybernetica*, cuando señala paradoja de una democracia donde supuestamente los ciudadanos eligen... pero sin cumplir la condición necesaria de saber qué es lo que están eligiendo, sus pros su contras...

mucho más fuerte de lo que criterios de sangre y cuna fueron en tiempos anteriores. Nuestros espacios comunes siguen manteniendo trazas de tradiciones anteriores, pero el efecto de la mercantilización de la vida ha operado cambios profundos, como ya señaló Polanyi al describir la gran transformación de fines del XIX.

Al finalizar la década de los 90 del pasado siglo XX, Joan Subirats (1999) elaboró un diagnóstico sobre el papel que juega la cosa pública en nuestra sociedad. Subirats afirmaba que *“el país en general no tiene una concepción de lo público como un ámbito de responsabilidad colectiva, ni tampoco dispone de una presencia fuerte, estructurada y responsable de lo que se ha venido denominando sociedad civil”*. Y seguía recalcando su posición e insistiendo en lo que es un pronóstico: *“Y nuestra hipótesis es que si ello no se intenta enderezar, favoreciendo la participación en los asuntos públicos, la asunción de responsabilidades y el enraizamiento y consolidación del tejido social ya existente, y facilitando su florecimiento dónde aún esa realidad es más embrionaria, el país verá incrementados los conflictos entre comunidades sociales, aumentará la tensión entre administraciones y su sobrecarga de demandas y, en general, la capacidad colectiva para enfrentarse al futuro y a sus retos se verá fuertemente entredicho”*.

Desde su punto de vista hay una relación directa con la historia. Y lo que hace es destacar la relación contradictoria entre lo social, lo público y lo estatal, de tal forma que realza la tensión y la desconfianza entre las distintas esferas del sistema. Además, considera que no se resuelven por mucho que nos sumemos a redes y pertenencias internacionales. Utiliza la noción de “extrañeidad” para describir el modo con el que interactúan las partes del sistema, dice: *“el tradicional alejamiento, extrañeidad, entre estructuras institucionales, sociedad política, y sociedad civil, esa peculiar dependencia social del Estado que venía acompañada de una arraigada (y sin duda justificada) desconfianza de lo público, ha dejado secuelas en nuestra forma de entender el espacio de lo público, de lo civil, que no se han resuelto en el vigente periodo democrático”*.

Y esto parece decirlo a su pesar. Se intuye que participa de unas convicciones contrarias, un modo de soñar una organización del sistema social distinta. Como si hubiera mirado a una luz diferente, lejos de las sombras de este mundo. Su descripción va más allá, explícita de forma latente lo que es un proyecto para el espacio común y compartido. Esto se puede interpretar al leer lo que ahora constituye un estado de cosas, dice:

“Ese espacio público, ese ámbito de lo civil, es visto muchas veces, como un terreno que o bien es ocupado por las administraciones públicas o el mercado, o bien es un terreno de nadie. El binomio desresponsabilización social-impotencia institucional, es particularmente peligroso en un momento en que los fenómenos ya conocidos de globalización económica, mercantilismo exacerbado, estructuras complejas de gobierno multinivel, y pérdida de peso de las esferas de autonomía del Estado, deberían verse contrapesadas por una sociedad civil fuerte, es decir por una sólida red de lazos sociales, por tradiciones de responsabilidad cívica, y por pautas de interacción social basadas en confianza y en autocapacidad de organización social. España se encuentra en esa particularmente comprometida transición entre dos siglos, sin un Estado bien

rodado, bien preparado para lo que se avecina y sin una sociedad civil bien enraizada, capaz de asumir responsabilidades y estructurar mecanismos de vigilancia y control sobre un espacio público muy frágil. Es ahora cuando nuestro handicap histórico de instituciones públicas usadas con fines privados y actores sociales débiles, dependientes y con pocos recursos autónomos, puede pasar factura de forma grave”.

La clave de la desresponsabilización social es una huella omnipresente en las cosas comunes. Incluso en lo que más nos toca, como las comunidades de vecinos, donde casi siempre cuesta encontrar candidatos para que la presidencia se ejerza para el bien común de manera rotatoria. Y cuando alguien aspira a trabajar por las cosas comunes es sometido a constantes críticas, acosos o incluso se siembra de dudas los motivos por los que está gestionando las cosas que afectan a la comunidad. Podríamos seguir la estela del texto de Subirats, pero no pretendemos hacer exégesis de sus palabras. Sin embargo, con sus afirmaciones podemos entrar a fondo en la cuestión planteada: ¿qué papel juega la cosa pública en nuestra sociedad?

Una primera constatación es la falta de claridad sobre lo público. No se sabe si lo público es el conjunto de “asuntos//cosas” de fuera de mi casa, frente a lo privado y particular que queda puertas adentro. O si también está dentro, con la mirada pasiva y alienada ante el televisor, mirando el tomate o jugando al gran hermano. Sea como sea, da la impresión que se prolongan las inercias de décadas pasadas donde los espacios públicos estaban sometidos al control total del estado autoritario... o de un actor con suficiente poder como para controlar las opiniones.

Pero esto sucede mientras se da una dualidad: al Estado se le exige y se le reprocha. Se debe reclamar la solución de las cosas comunes, e incluso de las propias... —¡financien mi desadición la tabaco!— y algunos quieren que sigamos siendo subditos de una máquina burocrática concebida para controlar y rara vez para prestar servicios con valor añadido. Aparecen discursos adobados con ideologías centradas en el peso de las instituciones estatales, donde la falsa distinción de izquierdas y derechas continúa haciendo su agosto a costa de no resolver las diferencias entre el arriba y abajo... de una clara distribución desigual de las rentas, los conocimientos, las posibilidades... la propia capacidad de intervenir tejiendo redes de pertenencia y tejido social como vocación pública.

Una segunda cuestión es que no se percibe una educación —globalmente concebida— ni formación general que facilite el compromiso con las cosas comunes. El ejercicio responsable de la ciudadanía activa no se improvisa. Como tampoco surgen por generación espontánea las tendencias a cooperar y colaborar con otros en pos de la construcción de espacios de común interés. Pero esto, si se ha de *aprehender*, no es sólo en el sistema educativo como una maquinaria dependiente de la burocracia del estado. Más bien incluso resulta contraproducente. Germina mejor en los espacios construidos por la dinámicas de participación y asociacionismo, en los hábitos cotidianos de las redes sociales, en las formas con que su sustrato familiar y comunitario conviven... Por ejemplo, un caso interesante de conocer es la

urdimbre de elementos vinculados en torno al grupo Mondragón Corporación Cooperativa. Para su gestores, la formación desde la guardería construye un modo de entender el cooperativismo y la participación activa de las personas.

Una tesis que aquí defendemos es que mientras no seamos conscientes de que somos los mismos sujetos los que damos sentido al sistema social —sea en el nivel que sea—, seguiremos domeñados por quienes prefieren estructuras jerarquizadas y poco o nada horizontales. Somos los mismos los que creamos la sociedad civil, el estado y el mercado. Nos distinguen nuestras capacidades de intervención en los códigos que dan sentido a cada una de esas esferas. Pero sustentamos con nuestras prácticas la vigencia y valor de cada una de ellas. Esto se parece a la cuestión sobre el poder, que no se resuelve nunca preguntando por qué tiene el poder quien manda, sino intentado averiguar por qué somos tantos los que obedecemos. Y se reproduce el mecanismo de *insociable sociabilidad* kantiano². Que si lo llevamos a las coordenadas del dilema del prisionero, es una equilibrio entre lo que creo que el otro va hacer, lo que piensa él de mí y la decisión que ambos vamos a tomar. En el juego, los dos pierden si no cooperan. En nuestra sociedad parecemos lastrados por la opción individualizante, pero ¿cómo no hacerlo así? ¿Cómo actuar con criterios de corresponsabilidad cuando el consumo es un placer individual? Sólo si se muestran los efectos del dilema y la proyección en el futuro de nuestras decisiones se cataliza la tensión. El efecto perverso de la desresponsabilidad se rompe como cuando uno decide no jugar. Traducido, en la cuestión del espacio público, el debate no está sólo entre los individuos y el estado. Se trata también de plantear el terreno intermedio de las pertenencias múltiples de los sujetos: familias, asociaciones, comunidades...

3. Escenarios posibles.

El espacio público no se construye de una sola vez. Más bien al contrario es como un gran puzzle donde las piezas tienen que tener la firme voluntad de construir algo en común. Por eso irritan tanto las estrategias políticas de carácter identitario que se sustentan sólo en sus particulares sentimientos políticos en vez de buscar los elementos compartidos —traducidos a un lenguaje no sentimental, por tanto, discutible— que permiten a cada uno soñar con mundos diversos, pero desde la base de la cooperación e incluso desde el conflicto que acepta las diferencias y no pretende destruir lo distinto. ¿Será una premisa idealista y utópica?

En la sociedad española de comienzos del s.XXI afortunadamente hay más colores del que los gestores del poder desean, pero no es fácil resistir al impulso homogeneizador de todas las fuerzas que tensan el mapa. Cada uno de esos vectores de fuerza —grupos empresariales, poderes fácticos, grupos políticos, grupos mediáticos...solapados y confundidos entre sí—

² “Entiendo aquí por antagonismo la insociable sociabilidad de los hombres, esto es, el que su inclinación a vivir en sociedad sea inseparable de una hostilidad que amenaza constantemente con disolver esa sociedad” (Kant, 1987, 8).

quiere que su mirada del mundo sea la interpretación correcta de la “realidad”. Pero si atendemos a los discursos circulantes a propósito de las cosas que pasan en la sociedad española, da la impresión que se ha construido una atmósfera irreconciliable de posiciones enfrentadas y exacerbadas. ¿Será la pasión hispana de verbo fácil e inconsistente? ¿Es un síntoma que manifiesta elementos de más calado? ¿Qué diagnóstico cabe?

Parece que no es posible construir un espacio público desde una perspectiva cívica y tolerante si no se parte del presupuesto de querer hacerlo. No se puede vivir en común si una de las partes rechaza la convivencia. Dicho sea esto mirando el caso de los nacionalismos centrífugos y el terrorismo etarra. No tiene sentido buscar soluciones consensuadas cuando una de las partes tiene como posición irrenunciable jugar en otro lugar. Cualquier propuesta de creación de espacios comunes pasa por unas condiciones previas que han de ser formuladas con claridad: si no quieres que hagamos un proyecto común, no tiene sentido que sigamos hablando.

¿Queda alguna otra solución? ¿Tiene sentido ser tolerante con quien no acepta de partida las reglas de juego? ¿Debemos empezar por discutir las reglas de juego para ejercer una tolerancia activa como muestra de un civismo de mayor densidad? Las reglas del juego se deben pensar, revisar y someter a debate, nunca pueden estar cerradas de manera taxativa. Sin caer en el adanismo de inventar cada día el mundo. Salvo el principio básico de querer vivir en común. Si miramos a cualquier sistema, su definición viene dada por lo que queda dentro del límite. Cuando alguien rompe ese principio básico, todo sistema social actúa con mecanismos de terapia. ¿Si no funcionan, la única respuesta del sistema//sujetos es la aniquilación? ¿o la transformación del sistema? Hay muchos héroes, herejes y profetas que rompieron el orden, los límites y condujeron el cambio hacia territorios previamente imposibles. Pero ¿y en las cosas más planas? ¿Qué hacemos con el vecino que no paga su cuota de los gastos comunes? ¿Asumimos su pago entre todos porque no puede? ¿Dejamos impune al que abusa y se vanagloria de ello? Al final, parece oírse el eco de Marco Aurelio: *“lo que no es bueno para el enjambre no es bueno para la abeja”*.

El espacio público no se construye en abstracto. No es una mera abstracción conceptual. Más bien al contrario, se traduce en unas prácticas sociales y se plasma en los modos de hacer y de decir de los individuos. Pero sobre todo en el hacer. Por ejemplo en las formas con las cuales un niño o una niña se incorporan a la vida social. Éstas se traban a partir de los lazos familiares. Si estos son afortunados tendrán una infancia que les permitirá introyectar las claves de la vida en común de un modo equilibrado y con suficientes habilidades sociales para resistir a las tensiones que surgen de la vida con otros. Si las cosas funcionan de manera óptima los engranajes sociales parece que aventuran un futuro prometedor. Pero no es necesariamente así, en más de una ocasión se observa que jóvenes de familias satisfechas —usando el concepto de Galbraith (1992)— disponen de todo, de tal forma que no les queda otra tarea más

que destruirlo... Lo público se construye mediante la creación de tejido social activo. Esto pasa por la constitución de redes de participación y de acción, donde se ejercen responsabilidades y se asumen compromisos. Lo que es la cosa pública, ni se improvisa ni surge porque sí. Hay mucho tiempo de siembra y de cuidado, infinita tarea para una historia siempre frágil y reversible.

Si miramos al sistema social la distinción de Estado, Mercado y Sociedad civil son tres “mundos” —subsistemas— que se muestran como distintos rostros de la misma cuestión: los tres son espacios públicos con mecanismos de funcionamiento complementarios. En cada uno de ellos funciona un código de sentido y de comunicación. En cada uno el lenguaje articula verbos con acepciones propias, basta tomar como ejemplo el concepto de “beneficio”. Cada uno de los tres ámbitos aporta un matiz a considerar. Por eso lo público en abstracto no resulta suficiente, se ha de concretar en coordenadas que lo hagan tangible. No tanto de manera deontológica —que podría ser— si no en los usos y prácticas que se ejecutan a diario. En ello lo que observamos es una distinción de niveles micro y macrosociales. Por ejemplo, se suelen mantener versiones idílicas del ágora y del uso de la palabra en la Grecia clásica, —donde todos sabemos se acuñó el término democracia— pero se encubren otros datos imposibles de digerir para nuestra mentalidad... aquel espacio público, aquella arena política era para unos pocos, muy pocos y privilegiados. En esta sociedad española nuestra, se solapan los modos de mirar las cosas comunes, con más interés por controlar que por cooperar. Parece que se prima más el intervencionismo receloso de cualquier alternativa venida de las manos de los otros —sea ese otro quién sea— que la capacidad de sumar esfuerzos para el beneficio mutuo.

Da la impresión que nuestro espacio público es un lugar donde no ha lugar para otra cosa que no sea el estado. E incluso en muchas ocasiones parece que sólo se gana si pierde el otro. Como si no fuésemos capaces de generar dinámicas y prácticas donde todos juegan para ganar todos. Por ejemplo, si se mira el mundo de las ONGD hay más de un responsable de las más viejas que se levanta en la Asamblea de turno para preguntar quiénes son las verdaderas ONG. En sus palabras se rechaza la proliferación de entidades. La multiplicidad se ve como debilidad. Pero lo mismo en los mercados, la tesis de empresas grandes y fuertes para competir mejor, tienden a crear monopolios —véase la batalla entre Gas Natural y Endesa—. O desde la Administración que buscan interlocutores representativos de la sociedad civil... siempre que no sean muchas voces. Porque se prima la intervención y el control. De la Administración se teme y se espera la solución a casi todo. Es una herencia con perfume jacobino, de la que también se quejan algunos franceses, aunque allí nunca se ha dado como en el caso español. Esa dualidad resulta paradójica, además de generar una contradicción. Pone fuera de las redes sociales, —de la sociedad considerada como el tejido de relaciones establecidas entre sujetos—, el lugar para las decisiones, el lugar para construir “lo público”. Y, por otra parte, se parcela la “sociedad” y se tejen redes fuertes de pertenencia, como si tratase de garantizar espacios microcomunitarios. Cada uno con los suyos.

Volviendo a Subirats (1999), cuando dice “frente a los dilemas simplistas de “más estado-menos mercado”, o de “menos estado-más mercado”, en un país que nunca ha construido ni valorado la “sociedad”, queremos recuperar la triangulación”... Hemos de insistir diciéndolo de otro modo, contruir el espacio público pasa por devolver el protagonismo a la ciudadanía que se articula en redes de multipertenencia, capaces de tomar decisiones sobre las cosas que les afectan e incluso trascender el presente para proponer rumbos y escenarios de futuro.

Repitiendo lo dicho en la introducción en el uso cotidiano del lenguaje aparece y parece prevalecer una idea de “lo público” que se asimila a “lo estatal” de tal manera que prácticamente significan lo mismo. Y como ya hemos apuntado se puede interpretar, al menos, de dos formas. Primera, el Estado es la(s) cosa(s) pública(s). Segunda, sólo es público aquello que está en manos del Estado. En ambos casos, estamos ante una situación perversa y también patológica, puesto que la responsabilidad individual por las cosas comunes se deja en manos ajenas, “extrañadas”, en el *Leviatán*. Así, da la impresión que esto no es porque se exima a los sujetos del ejercicio activo de su ciudadanía, en tanto que responsabilidad con lo público, si no más bien porque se expropia la capacidad personal, grupal y comunitaria de construir activamente la red de relaciones que crea el espacio político, la arena pública... —el lugar donde se juega con el poder, se pacta y se pelea, se enfrentan las opciones y se puede llegar a colaborar—. No se construyen ciudadanos razonadores autónomos y responsables sólo con la invocación de la ciudadanía, ni quedándose dentro de casa, sin salir hacia fuera.

Sirva una anécdota para cerrar el terreno de la prospectiva... las Comunidades Populares en Resistencia (CPR) salían hacia 1991 a la luz después de muchos años de represión en Guatemala. Sus formas de organización y las propias condiciones vitales les llevaban a construir cosas y sobrevivir en común. Volviendo a visitarlas en el Ixcán ya en 1994, las cosas habían comenzado a cambiar. En poco tiempo pasaron de hacer una pista de aterrizaje, y otras muchas estructuras comunitarias... a pensar en términos distintos. Llegó la cooperación internacional con fuertes subvenciones de los organismos multilaterales y ONG lo cual castró en pocos meses esa necesidad de cooperación. El espacio público, la cosa común no era igual. Se sustituyó por la cultura del proyecto y la de la llaga, donde la responsabilidad por lo común quedaba en otro plano que iba institucionalizándose y burocratizándose. Bajo la apariencia de unas conquistas que cuajaban en estructuras e instituciones... se sustituía las formas de implicación en lo común por la supuesta emancipación del sujeto propia de las sociedades modernas que exportaban sus formas de desarrollo y modernidad a las comunidades subdesarrolladas. La venganza del cambio viene de la misma esencia de la modernidad —que generó una cosmovisión emancipadora de los sujetos racionales y capaces— los sujetos rompen los vínculos de la comunidad para pensar en una clave más individualista, como mucho de familia... la solución de la vida es particular e intransferible.

Olvidando que hasta los contenidos de la inteligencia están socialmente contruidos y disponibles.

A modo de pronóstico con el que cerrar este apartado, la reducción de lo público a lo estatal genera unos efectos directos en las formas de organización social y participación ciudadana activa. Entre otros elementos, si los individuos percibimos que nuestra participación no es relevante porque ya se encargan las Administraciones, el primer efecto es que no necesitamos preocuparnos por esas tareas. Hay una apatía fruto de la falta de obligación y necesidad. Pero, sin embargo, en la práctica lo que se produce es una estrategia de invasión de los grupos que controlan los procesos de toma de decisiones en la cosa pública. No se debate, ni se discute... porque no se quiere perder el tiempo. Tiempo que en más de una ocasión no se tiene, sea porque los horarios laborales lo imposibilitan, sea porque la vida en las grandes ciudades impide la organización de actividades de compromiso y responsabilidad... sea porque la división social del trabajo también afecta a la cosa pública.

El problema en el caso de la sociedad española es que seguimos careciendo de una tejido social vertebrado, activo, fuerte, denso y con trayectoria suficiente como para decir que el espacio público es mayor que el papel que da el estado. Este es un lastre difícil de superar. La reducción de lo público a lo estatal entendemos que merma el capital social del sistema y del de los individuos que lo conforman. Esa jibarización y subsumción de la cosa pública agosta las vías para un civismo activo, especialmente entre las generaciones más jóvenes, lastrando las posibilidades de consolidar el capital social disponible —tanto si se entiende como un stock o como un proceso—. Aunque no todo son sombras en el horizonte, las redes sociales comienzan a mostrarse activas y beligerantes con los partidos políticos en el gobierno: sea el Prestige, la guerra de Irak, la plataforma contra el PHN, los Anti-LOE... o Teruel-Existe.

En el caso español, la pelea es contra el estado en tanto que Leviatan de muchos rostros. Ese supuesto protector del espacio público, el Estado, es una entidad abstracta que, si actúa, lo hace a través de individuos e instituciones tejidas por individuos. No existe el Estado como cosa tangible. Notamos su presencia mediante la presión fiscal, la legislación, las multas o la guerra, pero es una presencia vehiculada siempre por sus agentes. Por eso, los que realmente ejecutan las acciones de la Administración son sus funcionarios y los miembros de sus gobiernos. Podemos decir que el Estado es lo público, pero siempre que recordemos, al mismo tiempo, que los verdaderos agentes son sus gobernantes, sus diplomáticos y los diversos funcionarios que articulan y actúan bajo el nombre de la institución. El Estado³ es la palabra

³ En este sentido queremos recordar unas breves, contundentes y polémicas palabras de Nietzsche, (1988, p.82):

"En algún lugar existen todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos míos: aquí hay Estados.

¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Bien! Abrid los oídos, pues voy a deciros mi palabra sobre la muerte de los pueblos.

Estado se llama al más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que desliza de su boca: 'Yo, el Estado, soy el pueblo'.

¡Es una mentira! Creadores fueron quienes crearon los pueblos y suspendieron encima de ellos una fe y un amor: así sirvieron a la vida.

tras la que se esconden una serie de tramoyistas responsables de su acción... y cuando se adueñan de la cosa pública, somos muchos los que nos quedamos fuera. Dicho de manera paralela, la ciencia puede llegar a ser infalible, no así los científicos.

4. Terapias de (re)construcción de la cosa pública.

Si lo dicho hasta ahora se entiende como un diagnóstico que aventura un pronóstico, cabe plantear a dónde queremos ir. En el poco margen que tenemos para trazar rumbos, podemos actuar como *kybernetes* que quieren intervenir en el mapa del mundo. Podemos hablar de terapias en tanto que formas de actuación con las cuales cambiar rutas. O dicho parafraseando a Heráclito: nuestro destino está en función de nuestro *ethos*. Si conocemos el mapa podemos saber a dónde estamos caminando. Y las terapias de (re)construcción de la cosa pública no son especialmente alambicadas.

En primer lugar, reclamando un uso de las palabras que no reproduzca las patologías y perversiones apuntadas. No hay que aceptar la apropiación indebida de lo público por lo estatal. Como tampoco tiene sentido desmontar las estructuras institucionales que garantizan estructuras comunes dejando al paio las soluciones. Sin responsabilidad y compromiso no hay nada que funcione, sean organizaciones del mercado, de la solidaridad o del estado.

En segundo lugar, las formas de ese compromiso con la cosa pública se construyen, es decir, no están dadas de suyo lo que supone la obligación de dedicar tiempo a las actividades que tejen esa cosa pública... claro ¿pero cómo hacerlo en un día que tiene sólo veinticuatro horas? Pues, además de hacer bien las cosas, descubriendo que en nuestro ejercicio diario como consumidores tenemos una gran capacidad de acción y de presión. Desde las formas de transporte, al consumo de energía, pasando por la cesta de la compra... hasta el consumo de ocio y medios de comunicación que practicamos. Nuestro espacio público primordial no es sólo la mendaz arena política de los profesionales que conforman la partitocracia actual, es la de los medios de comunicación, de las redes sociales de participación y nuestro carrito de la compra.

Por eso, en tercer lugar, en un sistema que se dice democrático, —pero que sólo se nos consulta cada cuatro años, expropiándonos la voz y el voto...— se ha de pedir ir más allá. Es más, la principal terapia a desplegar es reconocer que la democracia no es suficiente. De hecho, si entendemos la democracia como uno de los sistemas de toma de decisiones y de solución de las diferencias en la convivencia dentro de un sistema social, entonces hemos de recalcar que con la democracia sólo no basta. Es necesario introducir un para qué la

*Aniquiladores son quienes ponen trampas para muchos y las llaman Estado: éstos suspenden encima de ellos una espada y cien concupiscencias.
Donde todavía hay pueblo, éste no comprende al Estado y lo odia, considerándolo mal de ojo y pecado contra las costumbres y los derechos"*

democracia, hacia dónde y cómo. La cuestión es construir una buena sociedad (Bellah, 1992), no sólo una sociedad democrática. Al menos, somos muchos los que estamos cansados de los demócratas que arrogados de la supuesta representación del pueblo y como representantes de la soberanía popular se olvidan de dialogar, debatir y tratar los temas con la ciudadanía...

Pero una paradoja y cáncer de este sistema es que cada vez es menos posible cumplir con el primer requisito de la democracia. Si ésta es capacidad de elección en los procesos políticos, nos encontramos con un gran número de sujetos que, aun cuando ejercen su derecho y deber de votar, no saben explicar los fundamentos de su voto con un análisis comparado de las diferencias entre los programas y las opciones que están disponibles. No suelen ser elecciones razonadas y argumentadas... Cada vez nos presentan las cosas más ligadas a los sentimientos que a las ideas que se pueden discutir. Los primeros llevan a la sangre y a la pasión, dejando de lado los argumentos y la razón.

5. Para seguir haciendo.

Como contaba Facundo Cabral, en una de sus peroratas entre canción y canción, el general/burócrata se dirige a una anciana preguntándole ¿qué podemos hacer por usted?...y ella contestó: ¡Con tal de que no me joda es suficiente! Así pues en esta España nuestra donde la tradición ha hecho que el estado haya sido el represor y el dador, el proveedor y el amputador, todopoderoso e impotente... pero en suma el protagonista esencial de la cosa pública, quizá ha llegado el momento de fortalecer las estructuras asociativas de modos y maneras no clientelares, independientes y diversas. Se trata de corresponsabilizarse de las cosas que nos afectan en nuestras vidas cotidianas. Y el ejemplo es la ley del tabaco... es impresionante que para respetar al no fumador haya sido necesaria una legislación que sigue impidiendo un ejercicio serio del respeto al bien del otro, que no es otra cosa que el bien común. Dicho de otro modo, el civismo activo no puede ser sólo fruto de las normas y de los imperativos legales.

Bibliografía.

- BELLAH, R. et.al (1992): *The Good Society*. Vintage-Books. NY.
BERGER, P. & LUCKMANN, TH. (1995): *La construcción social de la realidad*. Amorroutu Ed. BA.
KANT, I. (1987): *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*. Ed. Tecnos. Madrid.
LUHMANN, N. (1998): *Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general*. Anthropos, Barcelona.
SUBIRATS, J.(2001): "Responsabilidades colectivas y valores públicos en España. El papel del tercer sector", *Cuadernos Aragoneses de Economía*, vol. 11, nº 2, pp. 283-298.
SUBIRATS, Joan, ed. (1999): *¿Existe sociedad civil en España?: responsabilidades colectivas y valores públicos*. Fundación Encuentro. Madrid.